

“Mi papá fue un *Baliente* camarada” (1)

Los hijos e hijas de la resistencia chilena en Dictadura

Ph.D Patricia Castillo

Psicóloga Clínica, Académica Universidad Diego Portales

Al conmemorarse los 40 años del Golpe de Estado hubo un estallido de información sobre las constantes violaciones a los derechos humanos ocurridas durante la dictadura. Junto con re-conocerlas, la sociedad en su conjunto se enfrentó a las heridas que han marcado a una parte de la población chilena, y a quienes llamaremos en este artículo: los heridos de la memoria. Todos ellos hijos, hijas, nietos, nietas, vecinos, amigos, acallados por temor porque hay que salir adelante sin escarbar el pasado. Hoy han decidido compartir sus vivencias porque aún no es tarde. Nunca es tarde para buscar la justicia.

Al parecer estamos en una etapa donde existen las condiciones de recuperar la memoria por medio de las propias vivencias para ser transmitidas más allá de los espacios donde han permanecido por tantos años. Viñar (2009:8) nos recuerda que “se hace necesario rescatar la palabra y restituir una memoria apta a configurar un presente y proyectar un porvenir.” En este sentido, ir a la memoria a través de los “niños/as hijos/as de la resistencia”, implica acercarse a una dimensión muda, semiprivada y semi pública de la lucha contra la dictadura. Es, precisamente, ese espacio donde está dirigido este artículo.*

Los “niños/as-hijos/as de la resistencia” son todos los niños/as chilenos que por razones familiares, territoriales, de educación o de adscripción a una iglesia, estuvieron incluidos en la lucha contra la dictadura. Al hablar de estar incluidos hacemos referencia a la condición de estar sumergido en un campo cuya delimitación estaba en manos de adultos que participaban -de una u otra forma- en la resistencia contra la dictadura y, que aún queriendo, no habrían podido dejar a sus hijos/as fuera de esta decisión. De esa forma los niños/as se convirtieron en testigos, víctimas directas e indirectas, en compañeros/as de sus propios padres y formaron parte de las atenciones de distintas organizaciones de derechos humanos. Estos niños/as-hijos/as a veces invisibles pero presentes, a veces mudos y ensordecidos, rescataban los retazos de lo bueno del mundo

adulto para sobrevivir, crecer y, posteriormente –en algunos casos- tener un rol más activo en la oposición a la dictadura.

Los hijos/as de la resistencia no desaparecieron durante la dictadura chilena. La mayor parte de ellos creció en medio de la trinchera, normalmente en el lugar donde a su familia le correspondía estar. Un lugar donde el miedo estaba presente porque así como existía el riesgo también existía el amor a la vida. Pero también donde el miedo fue indicador de acción, de movimiento y de resistencia.

Resulta difícil preguntarse hoy día qué pensaban los niños/as hace 40 años. ¿Cómo elaboraban la violencia, el miedo de sus padres, el compromiso político, el exilio, los “tíos compañeros” (2). Por lo mismo, este artículo trata de crear la ficción donde esos niños/as son aún niños/as. Sentir que es posible cumplir la fantasía de parar el tiempo, volver atrás y asignarle valor a esas enunciaciones que muchas veces se perdieron en los ruidos de las movilizaciones, entre botas militares, la pobreza, la cesantía, los sueños de princesa y el anhelo de un futuro distinto. Se trata de recuperar la voz de los niños/as antes de que la mirada retrospectiva producto del impacto de la derrota-, reste valor y sentido a las pequeñas y grandes acciones realizadas durante los 80’.

Eso implica, desde un principio, otorgarle a los niños/as el estatuto de sujetos; observar sus construcciones entendiendo que ellas están, probablemente, en relación a la cultura y, más específicamente, a los discursos de las figuras de amor. No por ello pierden su condición de ser una singular y original creación; así como tampoco un proceso serio de elaboración de respuestas. Reconocer sus relatos significa devolverles a los niños/as su condición humana y a sus escritos el valor que encierra un testimonio.

* Este artículo es parte de una investigación que aborda producciones simbólicas de los niños/as hijos/as de la resistencia rescatadas por colegios, familias, organismos de Derechos Humanos. El estudio se publicará en una revista académica.



Foto: Fundación PIDEE

A continuación esbozamos parte de un estudio que aborda distintas dimensiones de la experiencia de nacer y crecer en dictadura bajo el brazo de la izquierda que resiste. El artículo tiene como objetivo rescatar o visibilizar el lado protector de los adultos y los recursos singulares que los niños/as pusieron en marcha para explicar-explicarse, para rescatar e identificar lo que era justo y lo que no, en esas circunstancias.

Una mirada a la *Balentía* de los padres que resisten

Los padres de los hijos/as de la resistencia tienen un lugar sagrado en la memoria. Ubicar esto como un primer elemento nos parece necesario para comprender el lugar desde el cual se construye la verdad en momentos de alta polarización política. Es decir, en muchos casos la figura parental fue clave para desautorizar las “mentiras oficiales” que desde el régimen se intentaban instalar: *los subversivos desalmados, los que murieron como ratas, los que se mataban entre sí en enfrentamientos*. La experiencia de paternidad de los hijos/as de la resistencia en este punto fue fundamental para construir una ética y un sentido de la realidad que buscaba respuestas a la información entregada en los medios de comunicación de masas y en el conjunto de la sociedad que adhería a la dictadura.

En este sentido es posible reconocer que el escenario en el que crecieron los hijos/as de la resistencia está plagado de un maniqueísmo infantil (los buenos y los malos). Sin embargo, esta retórica no parte de los niños/as sino que del discurso de los actores de la dictadura, quienes para legitimar su brutalidad propagaron imágenes absurdamente caricaturizadas del conflicto: “los salvadores de la patria o el perverso comunismo internacional”. Categóricamente se puede sostener que no fueron los niños/as los que instalaron está lógica. De hecho, en muchos pasajes de las producciones infantiles encontradas se filtra la duda, lo inverosímil de este mundo blanco y negro.

Muchos de los fragmentos que se presentan a continuación son de: hijos de presos políticos, exiliados, detenidos desaparecidos y ejecutados políticos, Sin embargo, no eran los únicos niños/as que para establecer la verdad les fue preciso renunciar a cualquier insinuación oficial respecto a lo que estaba ocurriendo y se refugiaron en el saber de la colectividad afectada, de un *nosotros* de los “tíos compañeros”, una comunidad afectiva que trasciende por momentos la familia, para construir un nosotros que se nutre con compañeros del pasado y del futuro.(3)

Interpelación mágica dirigida a estas voces acalladas en el tiempo:

**¿Quién fue mi padre?
¿Quiénes son y cómo son nuestros padres?**

“Mi papá fue un Bivalente camarada del Partido Comunista de Chile que murió con el presidente de la República don Salvador Allende Gossens que murió por él”.

(María Eugenia Paris Horwitz, 9 años, Hija de Egidio Enrique Paris Roa. Detenido en La Moneda el 11 de septiembre de 1973. Ejecutado político). (4)

“Mi padre perseguía un ideal que era muy claro para muchos, era un hombre muy abierto, él quería lo mejor para todos y siempre luchó por ello.”

(Manuel Guerrero, 14 años. Discurso pronunciado en la Vicaría de la Solidaridad durante el velatorio de su padre, Manuel Guerrero Ceballos). (4)

¿Cómo funciona la justicia en este país? ¿Quién entiende la moral en estos sucesos? Tratando de entender a los niños/as hijos/as de la resistencia vemos que ellos intentan ocupar las categorías maniqueas e inverosímiles que el régimen dictatorial creó para infantilizar a la población:

“Porqué nos quitan al papá yo no sé porqué, se llevan a los papás cuando no son malos cuando sea grande podré saber esto porque yo no entiendo nada, mi mami dice que tenemos que portarnos bien y estudiar así volverás con nosotros”.

(Cristina Alegría, 10 años. En carta escrita a su padre José Alegría, detenido en Campamento de Prisioneros Isla Quiriquina, s/f). (4)

“Papito, porqué te tienen lejos de nosotros, tu no eres malo, tu jugabas con nosotros, tu eres bueno papito, te quiero mucho, mucho, mucho.” (Cristina Alegría, 10 años. En carta escrita a su padre José Alegría, detenido en Campamento de Prisioneros Isla Quiriquina, s/f). (4)

“Y por muy malo que sea alguien no veo porque hay que echarlo del país, pero en todo caso mi papá no era malo”.

(Entrevista a niño de 9 años, hijo de exiliado. En: “Los niños prohibidos”, 1986). (5)

“Te espero porque eres bueno y no eres malo”.

(Patricia Alegría. 9 años, carta escrita a su padre José Alegría, detenido en Campamento de Prisioneros Isla Quiriquina, s/f). (5)

“¿Porqué te tienen lejos de nosotros? ”Se llevan a los papás cuando no son malos” dice Cristina en la carta que escribe a

su padre. Dirige su incompreensión al padre preso, pareciera ser una reflexión en voz alta, una manera de transmitir al destinatario la angustia de no entender la situación de prisión y de amenaza. Sentimiento infantil que rescata la omnipotencia de las figuras paternas y que en esa pregunta deposita toda la perplejidad ante la crueldad humana. Pero donde también asoma una suerte de esperanza de poder entender cuando “sean grandes” como si lo que faltara fueran aspectos por desarrollar. Ante el discurso oficial los niños ofrecían la experiencia de paternidad de esos compañeros padres que grabaron en sus cuerpecitos escenas de cotidiana protección.

Otra explicación es necesaria y otro final para esta historia:

“Yo lo único que sabía era que mi papá estaba preso por razones políticas. Y siempre mantuve la esperanza de que lo iba a ver regresar”.

(Yuri, 13 años, Infancia y Represión. Pp.39)

“Cuando era más niño no entendía porque lo habían matado solo por pensar distinto, yo no puedo meterme esto en la cabeza, todavía”.

(Entrevista a Germán Berger, 13 años. En: “Los niños prohibidos”, 1986)

El uso del “todavía” que hace Germán Berger representa la duda. Germán no puede entender las explicaciones oficiales y, las familiares no son suficientes para esclarecer algo que escapa a toda lógica. En ese “todavía” se resume la esperanza de que algún día podrá “*metérselo en la cabeza*” y también la violenta obstinación de rechazar una explicación insuficiente.

Los compañeros padres también desconcertados, inmóviles sin saber cómo explicar lo inexplicable intentaron construir normalidad, fingir seguridad, representar el papel de padre protector en la circunstancia que fuera. En muchos casos estos mandatos eran explícitos y enviados a través de cartas o de desesperados mensajes que los presos políticos hacían llegar a sus hijos/as:

“Me alegro de la disciplina que has implantado en la casa: poca TV, horas adecuadas de acostarse, etc. Creo que es muy bueno para su rendimiento y para la formación de su personalidad”.

(Carta de Mariano, escrita a su mujer desde la prisión el año 1974). (5)

*“A la Trini:
Cuida a la Susy, que estudie, no vendas la casa.
A la Susanita.*

Estudia, estudia y cuida a tu mamá. Respétala

(José Ramos. En carta escrita a sus hijas en prisión, 1974). (5)

“Quiero pedirles que, mientras yo no esté en la casa, se porten muy bien, que no le creen problemas a la mamá y que la obedezcan en todo”

(José Tohá, escribe a sus hijos desde Isla Dawson, octubre 1973). (5)

“Niños pórtense bien”

(Abraham Quiroga. Mensaje escrito a sus hijos, desde la prisión, 1973). (5)

¿Cómo entiende un niño este mandato?, nos preguntamos. Quizá desde el único lugar que se le demarca como posibilidad para su acción: estudiar, comer la comida, no llorar. Los niños muchas veces implementaban sus propios actos políticos destinados a cumplir su tarea: *cuidar a la mamá* y de *no dar más problemas* en un escenario lleno de problemas.

“La Betty dice que no hay que tener pena debo portarme bien y estudiar mucho porque siempre te esperamos...”

(Lulú, 9 años. Carta escrita a su padre José Alegría, detenido en Campamento de Prisioneros Isla Quiriquina, 1973). (5)

“Mamita dice que no debemos llorar y estudiar mucho para que tu estés un poquito contento”

“Papito en la escuela tengo notas lindas y estudio mucho para que no tengas una hija floja”

(Patito Alegría, 8 años. Carta escrita a su padre José Alegría, detenido en Campamento Prisioneros Isla Quiriquina, 1973). (5)

Se podrían interpretar como actos simbólicos, como gestos de compromiso, como una manera de dar a conocer a los otros, a los amados, que ellos saben que ésta es una situación *anormal* y que están dispuestos a ayudar, inclusive cuando saben que eso solo los hará “un poquito contentos”, no del todo felices. En el fondo saben que lo que ellos hagan no es suficiente para lograr esa hazaña y esto se asoma en algunas de sus conversaciones.

Las enunciaciones rescatadas en estas breves cartas nos muestran un poco el recorrido del razonamiento de los hijos/as de la resistencia en dictadura, un razonamiento que se origina en una pregunta moral maniquea (los buenos y los malos) y que finaliza en una reflexión ética (lo justo, lo injusto y el camino a seguir).

“Los exiliados para mí no han perdido su derecho de vivir, sino que se lo han quitado, moralmente tienen el derecho de estar en su país porque ahí nacieron, ahí se educaron, aunque seas pobre o rico”

(Entrevista a hijo de exiliado, 12 años. En: “Los niños prohibidos”, 1986). (5)

“En resumen, esto de mi papá sirve, no solo lo de mi papá, sino lo de muchas otras personas, como experiencia para que no vuelva a pasar”

(Entrevista a Germán Berger, 13 años. En: “Los niños prohibidos”, 1986). (5)

“Siempre voy a pensar que la vida es lo más importante. Es valiosa la vida de todos”

(Sara, hija de detenido desaparecido, 11 años. En: “Infancia y Represión pp. 63). (6)

“Todo lo que él no pudo hacer, porque no lo dejaron, lo tengo que hacer yo. Y hacer, además, todo lo que él hubiera querido que yo hiciera, ser buen estudiante, consciente. Por ejemplo, en la casa no me dan mucho permiso para trabajar, participar. Y yo pienso que mi papá me habría dicho que bueno”

(Yuri, 13 años, hijo de detenido desaparecido. En: “Infancia y Represión, pp. 40). (6)

La subjetividad de los hijos de la resistencia, sobre todo en los casos en el que este tránsito reflexivo se produce gracias a un espacio terapéutico como el que ofreció la Fundación PIDEE, nos recuerda la necesidad de recuperar algo de la omnipotencia en las imágenes paternas y maternas y de sus prácticas, buscando con ello apuntar a esas experiencias protectoras inscritas en el cuerpo de los hijos/as, en las que ni la muerte era inútil, ni las causas estaban perdidas. 🇨🇱

Referencias:

- (1) Museo de la Memoria y los Derechos Humanos. Manuscrito de María Eugenia Paris Horwitz, Hija de Egidio Paris. Detenido en La Moneda el 11 de septiembre de 1973. Ejecutado político.
- (2) Museo de la Memoria y los Derechos Humanos. Archivo Oral “Niños y Jóvenes del 73”, Santiago, 2012.
- (3) Contardo, Oscar. “Volver a los 17”. Editorial Planeta, Santiago, 2013.
- (4) Museo de la Memoria y los Derechos Humanos. Colección de Cartas. En: CEDOC, 2012.
- (5) Góngora, Augusto. Los niños prohibidos. Audiovisuales. Videoteca Memoria Histórica, 1986
- (6) Fundación PIDEE. Equipo de Salud Mental Infancia y Represión: Historias para no olvidar. Santiago, Chile, 1992.